

CONFERENCIA XXIII

LAS COSAS PEQUEÑAS

1. ¿Hay cosas pequeñas? ¿Cuál es su importancia?

—Ya era común entre los antiguos la expresión: «En la naturaleza no son menos dignas de admiración las cosas pequeñas que las grandes». Por eso me ruborizo con frecuencia del poco alcance de nuestro espíritu, cuando los comparo con nosotros. ¿No es verdadera vergüenza que con tantos medios como poseemos hoy para poder gozar de un mundo, cuya novedad es inagotable, se nos eche en cara la fórmula, pasada de moda á fuerza de repetirla, de que «no puede entrar Dios en todos esos pequeños pormenores?» ¿Qué es lo que merece á los ojos de Dios el nombre de grande ó de pequeño? ¿Acaso ante Él es mayor el corcel que el gorrión, ante Él, que se eleva de tal manera sobre las grandezas humanas que no hace diferencia alguna entre el palacio de oro de Nerón y la choza del mendigo? ¿Acaso es mayor el cráneo del hipopótamo que la cabeza del hombre, únicamente porque este animal es más macizo? ¿Queremos decir que mide Dios las cosas como las medimos nosotros? Si las juzga Dios según su propia grandeza, desaparecen todas las diferencias, porque no hay ya cuestión de grados entre lo grande y lo pequeño. Ante Él, que es infinito, todo lo que existe es imperfecto, es nada; pero les aplica la medida de la fuerza creadora, la medida de la sabiduría y la medida del amor que en ellas ha manifestado, y para Él el gusano de la tierra y la cigarra son entonces preciosísimos objetos. Su arte como Creador y su Providencia amorosa son grandes en las cosas gran-

des, y grandes también en las pequeñas. No quiere ver expresada en sus criaturas la extensión maravillosa de sus obras, sino su sabiduría y su bondad. En estas sólo se encuentra el único medio verdaderamente seguro ⁽¹⁾ para juzgarlas, tanto Dios como nosotros. En cuanto á nosotros, el único medio para formar un juicio exacto es conformar nuestros pensamientos con los pensamientos de Aquél que es la fuente de toda sabiduría y la medida de toda medida.

De esta estrechez de ideas depende la poca estima en que tienen muchos las supuestas cosas pequeñas. ¿Acaso hemos de ser siempre niños llevados de la mano por la nodriza?... Si temblamos ante una mirada ó ante una palabrilla, ¿tanto valdría decir que hemos renunciado á toda libertad y á toda independencia!... Y después, ¿qué bella perspectiva, si tal ó cual fruslería proporciona á un juez quisquilloso ocasión de ejercer su crítica y hacer sus observaciones!... Suponiendo que sea buena la voluntad y que esté en orden lo principal, ¿no podemos tener por malvado á nadie, porque, en cosas accesorias, insignificantes, da pruebas de que todavía es hombre!...

2. En materia de perfección no deben faltar nunca las cosas pequeñas.—¿Cosa curiosa! No quieren recordar los hombres que son tales, sino cuando se trata de excusar sus debilidades. Si se les habla de su poder y de sus obligaciones, no quieren escucharnos. Pero se trata de sus flaquezas, de las dificultades con que tropiezan, son inagotables. ¿Cómo si la naturaleza humana no fuera sino una máquina de pecados!... ¿Qué nos ha hecho esta naturaleza para que le imputemos todas nuestras faltas? ¿Por qué no contamos con la potencia para el bien que se halla siempre en el hombre, á pesar de todas sus caídas y de su fragilidad natural? Y sucede que, apenas se pronuncia el nombre sagrado de hombre, todos inmediatamente piensan en un ser que, infiel á su Dios, olvidado del poder que tiene y su destino, sólo es capaz de abandonarse á las viles

(1) S. Agustín, *Civ. Dei*, 11, 22.

inclinaciones de la carne. Nosotros, fieles á la doctrina de Aquél que nos ha hablado de la fragilidad de la carne, pero que nos ha pintado el espíritu siempre dispuesto al bien, tenemos del hombre más elevada idea. Pero dejemos á un lado por el momento esta cuestión.

No se trata aquí de hacer pasar á alguien por malo. El que nos ha seguido hasta ahora, y está convencido de que el hombre, haciendo abstracción de toda vocación y de toda aptitud para el estado sobrenatural, es capaz, á pesar de todas sus debilidades, de guiarse en el terreno puramente natural por la luz de sus inspiraciones interiores; el que, penetrado de esta convicción, ha puesto resueltamente su voluntad al servicio del bien; el que huye de todas las medianías, y con energía y con orden lucha por la adquisición de la virtud, no encuentra planteada más que una cuestión; si quiere ó no llegar á la perfección humana, hacia la cual dirige todos sus esfuerzos, pues por esta vez no se trata de la perfección propia del Cristianismo. Si quiere, no puede dudar un solo instante de que aún debe ponerse en guardia contra lo que ordinariamente se llaman menudencias. Sería verdaderamente triste que, después de tantos esfuerzos y sacrificios, que después de haber tocado con el dedo el fin del hombre completo, viniera á frustrarse todo ante ese obstáculo.

3. Diferencia entre lo grande y lo pequeño.—Consideradas estas cosas pequeñas desde este punto de vista, son con frecuencia mucho más grandes de lo que pudieran parecer á un ojo poco perspicaz. Para no emplear muchas palabras, de ellas depende el llegar al término de la perfección humana. Ciertamente está bien lejos la doctrina cristiana de esa pretensión horrible, tan opuesta á la naturaleza, renovada frecuentemente después del período estoico, y resucitada particularmente por los Reformadores, á saber, que son iguales en malicia todos los pecados, y que por naturaleza, ninguno es pequeño. Sabemos nosotros que, según esta doctrina, hay pecados que, por su naturaleza, se distinguen de los leves por la malicia que encierran,

de modo que, si millares de veces se cometen esos pecados, jamás alcanzarán al grado de malicia de uno solo de los anteriores. Los unos quitan la vida al alma, los otros dejan caer en ella una mancha fea.

¿Mas, se sigue por eso que no debe hacerse caso de esas faltas más livianas, y que se las ha de considerar como cosas pequeñas? ¿Acaso podría la prometida del rey ver con ojos indiferentes su vestido nupcial y las joyas de su corona en tal estado, que no le fuese posible presentarse sin rubor ante su prometido, aunque de esas galas no estuviese despojada? Los chistes sin objeto, las pérdidas de tiempo sin causa, el lujo exagerado en los vestidos, la predilección por los placeres de la mesa, difieren sin duda de la pérdida intencional del honor, de los deseos y de las acciones contrarias á la moral, y del perjuicio causado en los bienes de tercero; y se distinguen de tal modo, que las primeras faltas, aunque se cometieran todas durante muchos años, jamás podrían igualar la malicia de una sola acción de la última categoría. ⁽¹⁾ Pero ¿quién dejará de prestarles atención so pretexto de que no tienen importancia? El mérito ó demérito de una acción se calcula atendiendo á su propia naturaleza. Sería manera singular de justificarla queriendo probar que hay faltas cuya malicia es todavía más considerable. Y por cierto, que hay muchos que para excusar ciertas faltas no hallan más palabras que éstas: «Más han hecho otros». Pero lejos de justificarse, se hacen más culpables. ¡Como si las faltas propias se justificasen con la existencia de otras cosas peores! Á nadie se le ocurrirá ciertamente descuidar un resfriado ó una herida, porque otras enfermedades, y no éstas, tienen un fin infaliblemente mortal. Pero basta esto para demostrar que no toda enfermedad ni toda herida causan por sí mismas igual daño á nuestra naturaleza.

4. El desprecio de las cosas pequeñas abre el camino al desprecio de las grandes.—Querer despreciar esas supuestas minuciosidades por su poca importancia,

(1) Sto. Tomás, 1, 2, q. 73, a. 3.

podría justamente dar margen á un mal muy grave. Sólo un hundimiento puede hacer salir al hombre de su habitación. Una humareda intensa, una humedad que alcanza á todas partes, pueden llegar al mismo resultado. «Poco á poco perecerá el que desprecia las cosas pequeñas». ⁽¹⁾ No le darán ellas la muerte, pero el poco caso que les hace abrirá el camino á la negligencia de las más grandes, y éstas lo matarán. Esa ligera falta de modestia en las miradas, esa poca vigilancia en los pensamientos, concluyen por abrir las ventanas á la perversión. Esas exageraciones, esas invenciones continuas en las historias que se relatan, esa desenfrenada pasión por el dinero, enervan la delicadeza del alma, y hacen desaparecer el horror que por el mal debiera experimentarse, de tal manera que no tiene mucho que hacer un ataque repentino para facilitar el paso. «Una sola chispa produce un incendio que abrasa un bosque entero». ⁽²⁾ Esa chispa es la malignidad de la lengua. En nuestra opinión, una palabra maligna es poca cosa; sin embargo, encierra con frecuencia «todo un mundo de iniquidad». ⁽³⁾ Lo mismo sucede con el respeto humano, con la melancolía llevada al extremo, con la ambición, con la antipatía, con la envidia, que en un principio no son más que minuciosidades semejantes á la bola de nieve que puede hacer caer de la cumbre de la montaña el vuelo de un pájaro, pero que se convierte en alud, y hace incalculables estragos, hasta que desaparece en el fondo del abismo.

Sin embargo, aun suponiendo que estas cosas de tan poca importancia en la apariencia no conducen á tan desastrosos resultados, es más que suficiente el mal que hacen enturbiando la pureza del corazón y despojando de su mérito las buenas obras. No es mucho una mosca muerta; pero si cae en una esencia cualquiera, pronto malea su perfume. ⁽⁴⁾ El mismo efecto producen estas cosas pequeñas

(1) Eclesiástico, XIX, 1.

(2) Íd., XI, 34.—Santiago, III, 5.

(3) Santiago, III, 6.

(4) Eclesiástico, X, 1.

en un hombre que está á punto de llegar á la perfección. Y á este propósito dice San Crisóstomo: «Más atención exigen los pecados veniales que los mortales; por sí mismos nos horrorizan ya éstos, mientras que nos dejan indiferentes aquéllos, de tal manera que no siempre tenemos valor para ponernos seriamente en guardia contra ellos. Y de ahí viene todo el mal, porque no se cae de repente en una falta grave. Sintiendo nuestra alma en sí misma horror al mal y santo respeto por el bien, le es imposible despojarse de repente de ese horror, dejándose llevar de los vicios. Por su negligencia con respeto á lo que no tiene gran importancia, y por su pereza para lo que es pequeño, viene poco á poco á caer en el fondo del abismo». ⁽¹⁾

5. Las cosas pequeñas son importantes á causa de las grandes.—Sin embargo, dicen, esa manera de concebir las cosas se diferencia esencialmente de la opinión de aquellos que son censurados en el Evangelio, porque consideraban las cosas pequeñas como iguales y aún superiores á las grandes; porque pagaban diezmo de la menta y del comino, y ni pensaban siquiera en lo que tenía de mayor importancia la ley. ⁽²⁾ Sí, es verdad, y lo mismo se dice del que siente haber cometido algunas infracciones de las reglas de buena sociedad, el que se muestra más inconsolable por haber pisado un pie ó un vestido, que por haber faltado á la caridad, ó por haber dado en un momento de debilidad pruebas de dureza ó de falta de afabilidad para con sus criados. Ciertamente es que presta el tal mucha atención á las cosas pequeñas, pero es defectuosa su manera de ver. Es la misma extravagancia, cuando se deja llevar una señora del mal humor contra sus criadas por una pequeña falta de limpieza, y las deja á sus anchas ir por donde quieran con peligro cierto de la pérdida de la pureza del corazón. Es el mismo contrasentido, cuando ve una madre en las manos de sus hijos una obra envenenada, adornada de preciosos grabados, y les censura única-

(1) S. Juan Crisóstomo, *Hom.*, 86, (al. 87), 3 in *Math.*

(2) S. Mateo, XXIII, 23.

mente el que vuelvan las hojas con las manos poco aseadas, ó les reprende por las estrepitosas risas que excitan en ellos los chistes del texto, sólo porque llaman la atención de todo el mundo. Es el mismo error que comete una joven que no perdona las faltas de atención que con ella se han tenido, y se cuida muy poco de las persecuciones de que se la hace víctima, y que debería evitar con el rubor en la cara.

No es esa con seguridad la verdadera y razonable manera de comprender las cosas pequeñas. Nos atrevemos á decir que hay que temerlas más que á los grandes pecados. Pero esto no lo comprenden bien sino los que consideran la pureza del corazón como el más grande de los tesoros. Hay que creer que no entra de repente la corrupción en una alma vigilante, ni se enseñorea de ella con toda su fealdad. Si quiere esa alma precaverse para siempre contra el mal, tiene que oponerse enérgicamente á los esfuerzos que hace éste para enseñorearse de ella, haciéndose preceder de pequeños precursores que puedan ser conocidos con dificultad.

Debemos también ponernos en guardia contra las cosas pequeñas más que contra las grandes, no porque las consideremos de igual importancia, sino porque ni nos subyugan ni nos aterran, generalmente, como las grandes faltas. Nos alucinan más las pequeñas, nos fatigan con su frecuencia, y de este modo, tienen más fácil entrada en nosotros.

Si atribuimos gran importancia á la práctica del bien, hasta en las cosas pequeñas, no es con el pensamiento é intención de descargarnos de la obligación que hacen pesar sobre nosotros las grandes. Pero, aunque estemos decididos á no omitir nada de lo que es pequeño, nos dice igualmente la razón que, si damos importancia á cosas insignificantes, mayor la debemos dar á las que son más grandes. «El que es fiel en lo pequeño, lo será también en lo grande». ⁽¹⁾

6. Las cosas pequeñas son el antemural de la virtud.—No sabe lo que sacrifica el que rechaza esas cosas

(1) S. Lucas, XVI, 10.

pequeñas como importuna carga que de nada le sirve: estas cosas pequeñas son como muralla que hace inaccesible al enemigo la fortaleza de nuestro corazón. La muralla que fortifica al alma es la inquebrantable voluntad de permanecer siempre fiel al bien en todas las circunstancias y á costa de todos los sacrificios. Pero delante y muy lejos de esa muralla, la fidelidad á las cosas pequeñas construye incalculable número de pequeños fortines de avanzada. Mientras se guarden éstos, apenas si podrá el enemigo dirigir ataque alguno á la voluntad; mucho menos podrá destruirla. Hay personas que tienen escrúpulo de hablar de sus defectos por temor de que tome ocasión otro para hablar de sus buenas cualidades. No hablarán otros de las buenas cualidades de alguno, por no ser causa de que hablen de sus defectos. Dése á esta conducta el nombre de timidez exagerada; habrá, sin embargo, que confesar que los que así obran están libres del peligro de hacerse culpables del pecado de vanidad ó maledicencia. Nuestra época está muy dispuesta á burlarse del rubor, de la pureza, de la timidez, de la castidad, del silencio, de la modestia y del retiro de las jóvenes; considera todo esto como debilidad y timidez pasada de moda. Pero cuando veo á una joven que ya no se cubre con el gracioso velo de la castidad y cuyas mejillas han perdido las rosas del pudor, páreceme ver una ciudad que no está fortificada, que ofrece por todos sus lados puerta abierta al invasor, ó que estimula al pillaje al primero que llega. Verdad es que, hablando propiamente, no son virtudes esa timidez y ese pudor, ⁽¹⁾ y que no constituye pecado su ausencia; pero es muy cierto que, cuando es verdadero ese tesoro (porque si es fruto de la hipocresía, será la más peligrosa serpiente) es una muralla que hace inaccesible el bien estimable de la inocencia, cuando tras él se ha atrincherado. ⁽²⁾ Se-

(1) Sto. Tomás, *S. Theolog.*, 2, 2, q. 144, a. 1.

(2) *Íd.*, 2, 2, q. 144, a. 1, ad 3; a. 4, ad 4. S. Bernardo, *In Cant.*, s. 86, 1, 2. Rainer a. Pisis, *Pantheologia v. verecundia*, c. 4. (Lugduni, 1655, III, 718). Drexelius, *Opusc.*, 13; *rosa virtut.*, 2, 12. (Opp. Francof., 1680, I, 1333 y sig.).

gún la hermosa expresión de Wolfram de Eschenbach, es el «pudor una fortaleza en que están reunidas todas las virtudes». ⁽¹⁾ Mientras está él en pie, apenas si podrá ser víctima de asalto serio la santa virtud. Bien sabían nuestros abuelos que la castidad y la modestia no consisten en disfraz exterior: por eso se servían con gusto de esta sabia expresión: «El pudor está en los ojos», ⁽²⁾ y decían:

«La que con altanería
 »Ya á sí, ya al valle profundo,
 »Lanza curiosa mirada
 »Y se sonríe á menudo
 »En silencio, no levanta
 »Así edificio ninguno
 »Á la castidad con tales
 »Disposiciones. Seguro
 »Que, la ocasión presentándose,
 »De la libertad mal uso
 »Hará... ⁽³⁾»

7. La fidelidad en las cosas pequeñas es gran virtud.—Pero vamos más lejos. Debemos reconocer gran virtud en la atención prestada á las cosas pequeñas. ¿Por qué las estiman tan poco y tienen tendencias á despreciarlas tantas personas? Si las estudiase más el mundo, si las honrase más, tendría mayores atractivos su práctica. Sí, generalmente gusta la fidelidad en las cosas pequeñas, pero es raro que llame la atención. Mal se conoce el que no ha notado lo mucho ó poco que piensa en sí en todas sus acciones, aun cuando no lo haga expresa y claramente, y aun cuando no quiera ni confesárselo á sí mismo.

Es natural tendencia en nosotros el orgullo de los actos buenos que ejecutamos ante el mundo, engriéndonos de lo que hacemos. Pero la atención á las cosas pequeñas se halla sujeta á la influencia de esa perniciosa tendencia. Cuanto menos fundada es la esperanza de cosechar elo-

(1) *Parcival*, 3, 5. (Bartsch, 1, 65).

(2) Sailer, *Weisheit auf der Gasse*. (G. W. Gratz, 1819, XX, I, 85).

(3) *Die Wilsbekin*, 8, 4 y sig.

gios y demostraciones de gratitud, y cuanto más pensamos en que hemos de ser olvidados, tanto menos egoístas y más desinteresadas son nuestras acciones.

Se censurará á una señora de la alta sociedad, si se muestra parca en las visitas, y se subtrae por completo á las distracciones ordinarias; se la tratará de orgullosa, de huraña, y se dirá que le falta mundo. Lo que le falta es tiempo, porque no quiere dejar á manos mercenarias el cuidado de su tesoro más querido, el de sus hijos, y porque pone todo su honor en ser lo que dice su nombre, la señora de la casa, cosa es que pasará inadvertida á muchos, y si se fijan, con frecuencia se la considerará como falta de dignidad en su estado. Y, sin embargo, esas ocupaciones de tan poco lustre, y hasta pequeñas si se quiere, son muy superiores al brillante papel que podía hacer en la sociedad de moda. Porque aquí la delicadeza de conciencia que lo hace á uno «propio para toda obra buena» ⁽¹⁾ sea grande ó pequeña, de mucho ó de poco aprecio, se halla unida al desinterés modesto del sentimiento que, cumplido el deber, no se preocupa de si ha merecido gratitud, ó ha quedado en completo olvido.

Además, es imposible negar que tiene sus especiales dificultades esta fidelidad en las cosas pequeñas. Las grandes acciones llevan ya en sí un estímulo, se ofrecen raras veces, y nos dejan mucho tiempo de reposo; pero las cosas pequeñas, cuantas más veces se nos presentan, tanto mayor atención exigen de nuestra parte. Su misma pequeñez hace que con facilidad nos pasen inadvertidas, y no recompensa el amor propio con la conciencia de haber hecho algo importante. Pero lo que les falta en grandeza es ampliamente recompensado con el número. Se suceden tan de cerca, que á veces se nos presentan á docenas. Saber entonces no quedar rendido, suponiendo que se despliega infatigable actividad, es fenómeno que merece ser notado, tanto más, cuanto que es en realidad más raro.

Es, pues, muy claro que no es esto un grado ordinario de

(1) II Timoteo, II, 21.